



E. AMPUDIA

imbecilidad, así como el hecho absurdo de combatirle frontalmente, sin haber entendido nada de este juego diabólico de vasos comunicantes, alimentando así su propio fantasma y su propio negativo con una falta terrible de lucidez. Por ejemplo, se le reprocha a Le Pen el rechazo y la exclusión de los inmigrantes. Pero su rechazo de los inmigrantes no es más que una gota de agua en el proceso de exclusión social que reina a todos los niveles. Y de este proceso complejo e inextricable de responsabilidad colectiva todos nosotros somos cómplices y víctimas. Es, pues, algo típicamente mágico conjurar este virus que se extiende por todas partes en función de nuestro mismo progreso social y técnico y exorcizar esta maldición de la exclusión y de nuestra impotencia ante ella en un hombre, en una institución o en un grupo, por muy execrable que sea. Es ingenuo

tratar de extirpar un cáncer con una simple ablación, cuando la metástasis está extendida por todas partes. El Frente Nacional sólo sigue los caminos abiertos por la metástasis, con tanta más virulencia cuanto más se cree haber eliminado el tumor, mientras los gérmenes malignos se siguen difundiendo por todo el organismo. Sin contar que esta proyección mágica hacia el FN es la misma que la que él hace con los inmigrantes. Hay que desconfiar de este ardor del contagio que hace que, a través de la simple transparencia del mal, lo positivo se torne en un virus negativo y la exigencia de libertad en *despotismo democrático*. Nos volvemos a topar con esta reversibilidad, con este enroque sutil del mal, del que la inteligencia racional no desconfía. Toda la patología moderna nos enseña infinidad de cosas a nivel del cuerpo físico, pero nosotros no tenemos en

cuenta sus enseñanzas a nivel del cuerpo social.

Para estar en política hay que desconfiar de la ideología y ver las cosas en términos de física social. Nuestra sociedad democrática es el virus. Le Pen es la metástasis. La sociedad global padece de inercia y de inmunodeficiencia. Le Pen es la transcripción visible de este estado vírico, su proyección espectacular. Es como en los sueños: Le Pen es la figura burlesca y alucinatoria de ese estado latente, de esa inercia silenciosa hecha de integración forzada y de exclusión sistemática a dosis iguales. Habiendo perdido (casi) por completo y definitivamente la esperanza de reducir, en nuestra sociedad, las desigualdades sociales, es lógico que el resentimiento se traslade hacia la desigualdad de las razas. Es la quiebra de lo social que provoca el triunfo de lo racial y de todas las demás estrategias fatales. En este sentido, Le Pen es el único analista salvaje de esta sociedad. Que esté en la extrema derecha es sólo la triste consecuencia de que ya no quedan analistas sociales ni en la izquierda ni en la extrema izquierda. Está claro que estos analistas no son ni los jueces ni los intelectuales. Sólo, pues, los inmigrantes, en el extremo opuesto, ostentarían la posición de analistas. Le Pen es el único que opera una reducción radical de la distinción derecha/izquierda. Reducción ciertamente por defecto, pero la verdad es que la crítica radical que se hizo en los años 60 y en el 68 desgraciadamente ha desaparecido de la vida política. Le Pen recupera así una posición de hecho que la clase política se niega a afrontar, pero de la que algún día habrá que extraer todas sus consecuencias. ¿Hay alguna posibilidad de extraer las consecuencias de esta situación extrema que no sea a través del médium alucinatorio de Le Pen? ¿Cómo no sucumbir a esta excrecencia vírica de nuestros propios demonios, si no es retomando, por encima del orden moral y del revisionismo democrático, este análisis salvaje del que Le Pen y el FN nos han despojado en cierto sentido?

Jean Baudrillard es sociólogo y escritor.

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Dos inmoladas al sosiego

Una mujer del Derecho, con poder político, no ha podido impedir, a pesar de su clara visión del problema, que otra mujer del Derecho, sin poder político, sea arbitrariamente castigada. Una mujer de gran conciencia jurídica, ministra de Justicia, no ha podido evitar, pese a su determinación contraria, que otra mujer de exquisita educación deontológica, fiscal de la Audiencia Nacional, sea injustamente sancionada. Dos mujeres de ideas avanzadas sobre la separación de poderes, aunque socialmente conservadoras, han sufrido la suerte que le espera a toda mujer dotada de una fuerte personalidad en las sociedades machistas entreveradas de falsas ideologías feministas. Dos mujeres han sido sacrificadas por sus compañeros, no tanto por tener profesión de hombres sin militar en la progresía feminista, como por estar activamente presentes en un mundo viril sin renunciar a su atractiva feminidad. Algo insostenible para la izquierda oficial y el feminismo ortodoxo. Como Ulises ante Polifemo, los tontos proveedores de sosiego ante la criminalidad de Felipe han echado carne fresca de mujer a la fiera machista cobijada en la carrera judicial y fiscal.

Una sociedad que en asuntos particulares prefiere el sosiego a la justicia, y la estabilidad gubernamental al derecho personal, es una sociedad que en asuntos generales no tiene sentido de la libertad ni puede tenerlo de la igualdad. Sin la primacía de la nobleza sobre la utilidad, la sociedad machista concede honores públicos a la mujer a fin de retirarle el espacio de afirmación de su honor personal. Así, lo que gana en estimación pública lo pierde en influencia social. El honor de la mujer sigue recluso en su honra. Una mujer de honor no vale para la sociedad lo que un hombre de honor. Los elogios de sus compañeros a la ministra de Justicia acentúan la tristeza de honor en que han sumido a la señora Mariscal de Gante. El politiquero ha matado su dignidad pública. Salvo para la imagen de Aznar, poco importa que dimita o no del cargo. Su conciencia está dimitida. Y lo peor es que, por tener gratitud y nobleza, no le permiten que tenga honor. Es el drama de los políticos exuberantes de buena fe y parvos de ambición. Las decepciones que producen los jefes anestesian las ilusiones que no brotan de la propia pasión de poder.

Pero una persona honorable siempre encuentra campo donde laborar algún ideal. Sobre todo en un caso de justicia como éste que no ha hecho sino comenzar. Aunque no lo sepa, ni lo espere, el honor de la ministra de Justicia, expulsada del Gobierno, es reconocido y acogido con cálida deferencia en el magnánimo campo del honor de la fiscal sancionada. Porque es aquí, al aire libre, y no en el campamento de ambiciones donde vivaquea el oportunismo de la situación, donde crecen las pasiones por el derecho y la justicia que la ingenuidad política espera hallar en las vacías palabras del poder amigo. El honor de Mariscal de Gante está unido por el destino de una causa justa al de María Dolores Márquez de Prado. Y el temple excepcional de esta gran mujer, modelo de auténtico feminismo, reconforta el ánimo de los otros tres fiscales, al hacerles comprender que la continuidad en sus puestos es el mejor sostén para su propia causa. Y ella misma debe de saber también que su recurso contencioso-administrativo, para conseguir la suspensión, primero, y la nulidad, después, de tan arbitraria sanción, es el nuevo punto de honor donde convergen la dignidad y la conciencia de todos los que, desde el Estado o desde la sociedad, no hemos sabido o podido defenderla. Nadie negará que, al menos, somos culpables de que repartir justicia sea el modo de sosegar a los moradores de esta cueva de Polifemo.

EN LA PAGINA DERECHA

AYER me fui a los toros a ver si se me ocurría algo bueno para empezar esta columna. Hay un momento mágico, entre dos luccs, allá por el cuarto o quinto toro, en el que la tarde parece suspenderse en un silencio malva, y por encima de los tejados asoma la noche recién levantada. La lidia toma entonces, mientras se encienden los focos de Las Ventas, aire de revelación. En ese instante, mientras las nubes pasan como manchas de tinta desleída, raro es que a uno no se le venga encima alguna idea, o extraiga de la visión siempre idéntica y siempre distinta del hombre contra la fiera alguna imagen literaria para adornar las cosas, de ordinario feas, que tiene que comentar.

La verdad es que la tarde parecía haber llegado a un acuerdo con Pedro J. para facilitarme las cosas, porque estaba preciosa, de rosa y plomo. Pero, suspenso,

El de siempre

FEDERICO JIMENEZ LOSANTOS

mirando hacia arriba, tenía yo la mente en blanco y no caía en el zurrón ni una pequeña metáfora. Todo era contemplación. Entonces, el rumor del gentío me hizo bajar los ojos a la arena y me tropecé con dos imágenes reveladoras: una paloma atontolinada voló a la plaza hasta cerca del toro y al verlo de cerca, salió despavorida hasta cistrellarse con el tendido del Siete, sede de los halcones venteros. No cabe explicar mejor cómo termina todo cuando no sabe uno dónde se mete. Ni cómo, en la política, el que blande el paja-reando acaba dándose la torta contra sus adversarios naturales. Y en ese mismo instante, una alimaña, un



victorino pobre de los de Escolar, le pegó un arrocón de muerte a Zotoluca, venido de Tierra Caliente para triunfar en Madrid y que bastante tiene con haber triunfado del gañafón inmisericorde que le tiró la alimaña al pecho.

Podría parecer la misma historia de la paloma tonta, pero no hay tal. En la brutal y hermosa lucha del torero y el toro han recreado los españoles la lucha contra el destino, la capacidad del hombre para sobreponerse a las adversidades, jugándose la vida y haciéndolo además con exquisito respeto a las reglas del arte. En rigor, los que cada día tenemos que lidiar con las alimañas, a los mansos, a los comiveteos y

a los cornigachos, a los berrendos y a los cárdenos de los muchos hierros de la cabaña nacional, no hacemos algo distinto de lo que intentan los toreros. Al final, puede haber suerte y salir a hombros, pero lo normal es recibir la caridad de las palmas o el broncazo de rigor, que en Madrid sólo tiene una ventaja y es que al día siguiente puede estar olvidado a la primera verónica bien dada.

Llego a una casa en la que la mitad de los compañeros lo fueron ya hace años, en la época buena de *Diario 16*. Vuelvo, pues, y no vengo, con los de siempre y a lo de siempre, porque uno es, o intenta ser el de siempre, si acaso un poco mejor. Lo propio del hombre, como decía el abuelo de Albiac, el gran Espinosa o Spinoza, es perseverar en el propio ser. En ello estamos. Así que va por ustedes y que Dios reparta suerte, a izquierda y a derecha.